



MIRABAI

Por Ada Albrecht

Santa Mira! ¡Santa Mirabai! Como loto despierto de su sueño, allá, en las profundidades del estanque, por los rayos purísimos del Sol, como ave ya libre de sus ataduras, volando a cielo abierto, ebria de estrellas, así, el alma de nuestra Mira, arrobada a los pies de Nuestro Único Señor, florecida de devoción total y entrega total, se yergue coronada por el destino más alto que puede caberle a un ser humano: el vivo anhelo de Dios, florecido en el alma constantemente.

Nacida hacia fines del siglo XV como una noble princesa, hija del Rey de Rajistan y gobernador de Kurkhi, ella hizo su reino en el Amor Divino, y tomó por Rey, al Santísimo Señor Krishna, del cual fuera profundamente devota desde los cinco años de edad.

Su padre, el Rey Ratansing, amaba profundamente a su pequeña hija, y a fin de asegurar su futuro, la casó, siendo niña, con el príncipe Bhojraj de Chittor, quien fuera conocido por su profunda aversión a los mogoles, que en ese momento

eran dueños prácticamente de toda la India, a la que gobernaban a veces despóticamente.

A los quince años de Mira, el matrimonio fue consumado, según las leyes hindúes, y aunque Mira, como esposa, llevaba una conducta ejemplar, lo cierto es que durante todo el día, su mente se hallaba poseída por el recuerdo de Su Gran Amado Celestial. No bien terminaba sus tareas domésticas, ella iba al santuario, en el cual pasaba horas y horas, frente a la imagen de Krishna, una maravillosa estatua que su padre le obsequiara al cumplir ella cinco años de edad. Sobre este particular se narra la siguiente historia:

Contemplaba Mira el paso de una larga comitiva que celebraba los esponsales de unos parientes, cuando ella, en su inocencia de niña, preguntó a su madre quién sería su esposo... La madre, que intuía en su hija el alma de una devota, llevóla ante la mencionada imagen del Dios, y le dijo:

—Mira, Dios Nuestro Señor, debe ser tu único Esposo de por vida... recuérdalo... sólo a Él debes querer con todo tu corazón, y debes hacerlo, tomando para ello la imagen del pastorcito de Brindaván.

Fueron palabras sagradas para el corazón de Mira. Desde entonces, dejó los juegos propios de la infancia, abandonó todo otro querer que no fuera su completa consagración a la ve-

neración de Krishna y todo cuanto Él significaba: el despertar del Ser en el corazón.

Su madre política no veía con buenos ojos la adoración de Mirabai a Krishna, ya que la Diosa protectora de la familia de su esposo era Durga¹.

Uda, la hermana de su esposo, quiso tejer una ignominiosa calumnia alrededor de Mira, a fin de extraerla de su culto al Dios Krishna. Se apersonó pues al príncipe Bhojraj, y le dijo que su esposa Mira lo traicionaba con un amante. Enfurecido éste, y dispuesto a saber la verdad, llegóse a los aposentos de Mira, y como escuchara que ésta hablaba con alguien utilizando para ello términos sumamente amorosos, desenvainó la espada e ingresó en el lugar diciendo:

—¿Dónde está el canalla? ¡Voy a matarlo!

Mira le señaló a su Amado Señor Krishna, y le dijo:

—Él es mi verdadero Esposo, no tú. Mi alma se ha entregado a Él, que es el Señor de los Cielos y nada ni nadie podrá sacarlo jamás de mi corazón.

Su esposo, creyéndola insana, edificó para ella un maravilloso Templo a fin de que pudiera permanecer en él todas las veces que quisiera, cantando sus *Kirtams*² y disertando sobre

¹ Una de las formas de *Devi*, la Madre Cósmica.

² Cantos devocionales.

el Camino de la salvación interior del hombre, como Mira acostumbraba a hacerlo a menudo.

Esto, para nuestra santa, fue tocar el Cielo con las manos. ¡Tener un lugar en el cual poder abrir su corazón a la devoción de manera libre, sin verse escarnecida y burlada por todos los de su casa!

Desdichadamente, su suerte duraría poco. El Emperador mogol, que en aquellos días era Akbar¹, otro enamorado del camino de la Gran Búsqueda, quien no perdía jamás la oportunidad de entrevistar a todo santo que apareciese, sin importar de qué religión fuere. Enterado por sus ministros de la santa de Rajistán, fue a verla utilizando para ello el disfraz de un *Sadhu*². La escuchó cantar, recitar sus oraciones y plegarias en honor a su Dios, y besó conmovido sus pies, como lo aconsejaba la costumbre de la época, en la cual los pies de los santos eran venerados por transitar solamente caminos celestiales.

Enterado su esposo por los Ministros de la presencia del odiado Emperador Mogol en el Templo que él construyera para Mirabai, fuera de sí, y poseído por la furia, al saber que el mismo había osado tocar los pies de una princesa rajputana,

¹ Akbar (1542-1605), es considerado el más grande los emperadores mogoles. Su gobierno se caracterizó por la búsqueda de la convivencia y la concordia entre las diversas Religiones. Además fue un gran protector de las artes, la literatura y las ciencias.

² Monje mendicante.

ordenó a Mira que se diera a sí misma un castigo: este era la muerte. Le dijo que se arrojara al río y acabara así con su vida deshonrada por habersele permitido a Akbar ingresar al Templo.

Este es un episodio en la vida de Mira sumamente importante por el siguiente motivo: fiel al requerimiento de su esposo, abrazada a la imagen de Krishna, anduvo la santa un largo trecho, seguida por una muchedumbre cada vez más numerosa, hasta alcanzar las orillas del río. Allí permaneció llorando por largo tiempo, no porque iba a perder su vida, sino porque no cantaría ya para su Gran Amado las canciones que acostumbraba en el Templo. Dejó entonces la imagen a la orilla del río, y cuando se inclinaba para arrojarse en sus aguas, ante el asombro de todos, la imagen cobró vida. Tomando a Mira entre Sus brazos, la sostuvo en ellos, impidiendo así que se arrojara a las aguas.

—Desde ahora en adelante —dijo el Señor—, han terminado tus tareas como hogareña; sólo te dedicarás a cantar en honor Mío, y a predicar por el resto de tus días.

Regresó entonces al Templo y halló por el camino a su arrepentido esposo, quien, eufórico de felicidad, la veía regresar con vida. Nunca más fue perturbada en sus oraciones.

Nunca más... mientras duró la existencia de su protector príncipe consorte. Fallecido éste a temprana edad, su cuñado, que tomara las riendas no sólo del gobierno, sino también de la vida de Mira, quiso acabar definitivamente con esta.

—Yo no seré débil como mi hermano —se dijo—. No toleraré ningún culto a un Dios extraño a nuestra Casa Real. Así pues, lo que deberé hacer es matar a Mira, valiéndome de las serpientes más venenosas del reino.

Hizo traer a sus sirvientes, una cesta llena de cobras, y ordenó que se la llevaran a Mira, diciéndole que se trataba de guirnaldas para su Señor. ¡Cuál no sería la sorpresa de los servidores en cuestión, cuando al abrir dicha cesta, lo que vieron en su interior, fueron, en realidad, maravillosos lazos florales de exquisito perfume en lugar de los peligrosos animales!

No cejaré en mi intento —pensó el nuevo Rey—. Yo mismo prepararé un veneno mortal y se lo llevaré para que lo tome.

Mas, cuando Mira lo bebió, ieste se transformó en ambrosía! Y es que el Señor convierte, para todos Sus devotos, un mal en un bien.

Es inútil decir que jamás daño alguno motivado por el Rey, alcanzó a nuestra santa. Sin embargo, ésta, cansada de tantas persecuciones, quiso poner punto final a ellas, y para ello, escribió a otro santo de esos días, Tulsidas, buscando consejos.

—Olvida ese lugar —le contestó éste—, abandónalo, y dirígete adonde no seas molestada por nadie en tus actos devotos.

Mirabai, entonces, buscó refugio en Mertha, el reino de un tío suyo. Allí consiguió toda la paz que le faltaba para dar rienda suelta a su mística. Por años, hombres y mujeres gozaron espiritualmente de la profunda religiosidad de Mira, pero..., ésta llegaba ya a su vejez, y su vida era escasa en esta tierra.

Peregrinó por los lugares amados por el Señor Krishna, lo adoró en la ciudad de Madura, en Brindaván, en Dwarka... Ríos de cristalina devoción emergían de su corazón purificado; los mismos ángeles cantaban por su voz, a través de la magia de sus dulces *Kirtams*.

Por fin, un atardecer en que su alma toda sentía como nunca la nostalgia de su Gran Adorado, abrazada a la imagen que fuera compañía de su corazón, desde su ya lejana niñez, y en medio de un Templo, Mira, la santa, entregó su vida a Dios.

Se dice que cuando un santo muere, hay vuelo de ángeles que llegan desde lo infinito, para acompañarlo en su viaje a las regiones sutiles. Cuando Mira abandonó su cuerpo mortal —según cuentan los miles y miles de devotos suyos que se hallaban en el Templo—, en ese sagrado momento, podía escucharse desde lejos, y proviniendo desde lo alto, rumorosas y celestiales canciones que, como pétalos canoros, cubrieron

sus despojos, deseando señalar con ello, que el Alma de los Liberados por Amor a Dios, son la Eterna Primavera del Mundo.

¡Honor eterno al Espíritu de nuestra Mirabai!

¡Que ella nos inspire y aliente en nuestra búsqueda!

Dios con rostro, Dios sin rostro, Dios hebreo, cristiano o hindú... ¡bendiciones caigan sobre el alma de quienes Lo buscan!

Del libro Santos y enseñanzas de la India, Ed. Hastinapura
